

sionistas, que dan color y vida, belleza y emoción a su lenguaje. Por las páginas de *Historias de España* (Ediciones Arión, Madrid, 1958) desfilan unos cuantos de esos pobres tontos que son —y eso sí que es crueldad real, crueldad de cada día y de todos los días— el hazmerreír de los mozos del pueblo. « Hay tontos revientatínas, tontos capacanes, tontos miralunas, tontos cagaleches, tontos apañacolillas, tontos papatundas y tiernos tontos inflagaitas. » Y también los ciegos. « Quien nace ciego es como quien nace príncipe, que no se entera. » Todos ellos son pobres seres dolientes y maltratados, que Cela nos incita a compadecer y a querer.

I. I.

Miguel Delibes:

“La hoja roja”

CONFIEGO, no sin cierto rubor, que hasta hace sólo unos meses no me fue dable conocer lo principal de la obra, ya bastante nutrida a estas alturas, del novelista español Miguel Delibes. Y es que, no obstante cuanto se diga, aún hay Pirineos. Doce años, pues, permanecí ignorando muy a pesar mío a este escritor que, tras haberse revelado merced al Premio Nadal de 1947, ha sabido avanzar por la novelística española con paso firme y constante. *Mea culpa...*

Pertenece Delibes a la llamada « generación de la guerra civil », denominación empleada sin duda por pura comodidad o por afán de encajillar a los escritores más que por otra cosa. En todo caso, trátase de un novelista ya hecho, maduro, en el que difícilmente caben sorpresas. Pintor de la vida rural y de la clase media provinciana, Delibes se nos muestra en todo instante como un agudo observador, realista no sin un cierto humor, pleno de comprensión de las cosas y de cordialidad hacia los hombres.

Algunos críticos —por ejemplo el amigo Coindreau, que ha estudiado con su peculiar agudeza la obra de Delibes en el prólogo que escribió para la edición francesa de una de las novelas de éste último—, señalaron el hecho indiscutible de que nuestro autor logró alcanzar pronto un justo equilibrio, después de haberse columpiado, por decirlo así, entre el buído sentimentalismo que rezuma *La sombra del ciprés es alargada* (1947) y el crudo realismo exhibido en *Aún es de día* (1949). Todas las novelas que publicó luego nos permiten, en efecto, ver a un Delibes dueño por completo de sus recursos, con una gran habilidad narrativa y un buen dominio del lenguaje correspondiente al realismo tra-

dicional sobre el cual se asienta toda su obra. Dos de sus novelas sobresalen brillantemente de entre todas las demás : *El camino* (1950), que muchos consideran como la mejor, y *Diario de un cazador* (1955), que es la que personalmente prefiero.

* * *

Miguel Delibes no se preocupa mucho, por lo que creemos adivinar de la lectura de sus libros, en lograr innovaciones de carácter técnico o meramente estilísticas. El virtuosismo no cuadra con la idea que él se hace de la novela. Prefiere, pues, adentrarse por un camino ya trillado : el de ese realismo tradicional al que antes hicimos alusión. Pero, eso sí, adentrándose con firme resolución, sin genialidades, mas con la seguridad de poder presentar luego a sus lectores un trabajo bien hecho. Y es que Delibes es partidario de una novela que todo el mundo pueda leer y, sobre todo, comprender ; es decir, una novela escrita para el pueblo. En este sentido, al menos, resulta un continuador de la novelística decimonónica.

Su preocupación, en consecuencia, es crear tipos humanos corrientes, para dejarlos luego vivir como suelen hacerlo los hombres del pueblo, particularmente los de esa enteca clase media española, cuya exterior monotonía oculta las más de las veces una existencia de dura lucha con los insoslayables problemas cotidianos. Las novelas de Delibes son, indudablemente, un sin par espejo en el que se suele reflejar nítidamente ese pobre vivir de la provincia española. En ellas maneja a veces el símbolo, del que extrae el título mismo del libro. Así acontece en su última novela, *La hoja roja* (Ediciones Destino, Barcelona, 1959), que acabamos de leer con idéntico interés que hemos leído todas las anteriores de este escritor netamente castellano.

El título está simbólicamente tomado de esa hoja especial, de color rojo, que surge en los librillos de papel de fumar para anunciar que el final está próximo. El protagonista, el viejo Eloy, es un funcionario municipal jubilado, viudo y sin familia a su lado, sin otra compañía que la de una maritornes palurda, plena de buenos sentimientos no siempre desinteresados. El día que le otorgaron el retiro fue algo así como si se hubiese sacado del librillo la hoja roja fatídica, pues, excelente funcionario, para él la oficina era una prolongación del hogar y viceversa. Sus amigos, ancianos como él, van desapareciendo poco a poco, mientras comprueba día tras día la inutilidad de su existencia. Su único afán es hallar un poco de calor, y la novela termina cuando confiesa a la zafia criada una pasión estrafalaria, que no puede ser carnal, sino puro miedo de estar solo ante la muerte.

Drama de la ancianidad acompañada de es-

trecheces, que encontramos en algunas novelas galdosianas. Delibes sale airoso de su empeño, merced a los muchos recursos que le otorga su madurez literaria. Trátase de una novela que no ofrece grandes vuelos, pero que se lee con interés y que no es de desdeñar en la obra de este buen novelista.

I. I.

R. Fernández de la Reguera: "Vagabundos provisionales"

ACABAMOS DE HACER un pintoresco viaje a pie, por tierras de Castilla, con estos provisionales vagabundos que nos presenta el escritor español Ricardo Fernández de la Reguera: trescientas páginas y bastantes kilómetros. No estamos, empero, más fatigados de lo que es natural después de esa aventura andariega, pues aunque no sabemos si clasificar la obra como novela, como libro de viajes o como estudio psicológico, porque de las tres cosas tiene y no es enteramente ninguna de las tres, lo cierto es que no nos hemos aburrido acompañando a los tres personajes innominados, que el autor llama el hombre alto, « Tirando a bajito » y el chaval, original manera de designarlos, más sugestiva y elocuente desde luego que si les llamase Pérez, Rodríguez y González.

Estos tipos, eje de un relato cuya acción es únicamente una cadena de episodios, tienen como primordial característica su españolidad. Piensan, reaccionan, se conducen y hablan —sobre todo hablan— como sólo pueden hacerlo tres españoles auténticos, con todo lo que esta autenticidad española lleva en sí de bueno, de regular y de malo. Tres *spécimens* de español especialmente representativos —en distintas esferas sociales y grado de cultura— de estas generaciones que fueron formándose en España durante y después de nuestra desdichada guerra civil, en un clima que tiene para el pensamiento la misma nefasta influencia que la leyenda atribuye a la sombra del manzanillo. Y aunque de esto no hablan nuestros tres personajes, pues la empresa en que el azar los ha reunido es de turismo intranscendente, el que de ellos tiene más visos de intelectual no deja de lamentar en algún alto en el camino la mediocridad ciudadana de « tebeos », fútbol, tertulia de bar, radio ramplona y mojigatería beata que está convirtiendo a España en un yermo del espíritu. Pero aun cuando de ello no hablan sino por rara incidencia, se advierte que sobre la vivaci-

dad, el buen ánimo y el decir chancero de estos dos hombres y de este adolescente que los acompaña flota una como invisible nube de descontento, algo como un ansia insatisfecha a la que no se alude, pero que se percibe y se siente, y que es el mejor y más sutil acierto de esta obra, a la que, sin embargo, no hay que buscarle ningún sentido criptográfico. Es una semblanza, una triple semblanza, bien hecha y, pudiéramos añadir, con todas sus consecuencias, pero nada más.

Fernández de la Reguera, que es autor de varias novelas, algunas mercedamente laureadas; que posee copioso léxico y muy peculiar y garboso estilo; que no se detiene en la superficie de las cosas al observarlas, nos regala en *Vagabundos provisionales* algunas concisas descripciones de paisajes muy afortunadas por su concentrada fuerza descriptiva, y varias páginas tan expresivas como el relato confidencial del hombre alto, cuando revela a los compañeros de viaje su historia de amor, iniciada al acabar la guerra, o cuando al entrar por las primeras calles de Quintanar, de noche, evoca « otras noches como ésta » en que llegaba en son de guerra a otros pueblos, « como éste », atraillado en las filas a que el azar geográfico de la contienda la había destinado. Pero, salvo en esos momentos, el autor ha querido escribir este relato de una manera un poco desenfadada y no ha omitido ni aun las palabras gruesas, siquiera tenga la discreción de indicarnos tan sólo con una inicial seguida de unos puntos.

Como decimos al principio, no nos han cansado las páginas ni los kilómetros de estas jornadas de ver y andar y hemos gustado la amenidad de no pocas escenas, episodios y parajes; y a ello añadimos nuestra felicitación al joven novelista de *Vagabundos provisionales*, obra a la que habrán de hacer séquito, sin duda, novelas más definitivamente dentro del género novelesco y de mayor trascendencia y empeño.

Optima impresión y presentación de Editorial Planeta, de Barcelona.

C. A.

Nathalie Sarraute: "Le Planetarium"

HABLANDO DE ESTA NOVELA (Gallimard, París, 1959), Michel Butor, buen novelista de los nuevos, decía de esfera armilar, mientras que yo, quizá por mi arraigo campesino en tanto que andaluz, pensaba en el agua donde lanzaba piedrecitas y